

## CAPITULO XII

## EL HEROÍSMO EN LAS MISIONES

Patience is the exercise  
Of saints, the trial of their fortitude,  
Making them each his own deliverer,  
And victor over all  
Tha' tyranny or fortune can inflict.

MILTON (1).

Fort still we hope  
That in a world or larger scope,  
What here is faithfully begun  
Will be completed, not undone.

A. H. CLOUGH (2).

But al through life I see a cross  
Where sons of God yield up their breath,  
There is no gain except by loss,  
There is no life except by death,  
There is no vision but by faith,  
Nor glory but by bearing shame,  
Nor justice but by taking blame;  
And that Eternal Passion saith  
Be emptied of glory and righ and name.

OLRIG GRANGE (3).

Cuéntase del duque de Wellingtón que cuando cierto capellán le preguntó si creía que valiera la pena de predicar el Evangelio a los indios, dijo el hombre de la disciplina: «¿Cuáles son vuestras órdenes de marcha?» «Ir por todo el mundo y predicar el Evangelio a toda criatura humana» respondió el capellán. «Entonces, cumplid vuestras órdenes—dijo el duque—obedecer es vuestro deber.»

Aunque es un deber desagradable, impopular y peligroso, ha habido hombres en todo tiempo que han seguido las instrucciones del Salvador. Cristo predicó a los judíos y a los gentiles. San Pablo fué el primer apóstol misionero. Fundó iglesias en el Oriente, en Corinto, en Éfeso, en Tesalónica y en otros lugares.

(1) La paciencia es la práctica de los santos, la prueba de su fortaleza; convierte a cada uno de ellos en su propio salvador y en el vencedor de todo lo que puedan producir la tiranía o la fortuna.—MILTON.

(2) Aun abrigamos la esperanza de que en un mundo de mayores amplitudes, sea completado y no destruído, todo aquello que aquí haya sido empezado con firmeza.—A. H. CLOUGH.

(3) Pero a través de toda la vida veo una aflicción donde los hijos de Dios entregan su último aliento; no hay ganancia sino con la pérdida, no hay vida sino con la muerte, no hay visión sino con la fé, ni gloria sino sufriendo la vergüenza, ni justicia sino con el vituperio; y que la Eterna pasión ha dicho: «Sed ajeno a la gloria, al derecho y al nombre.»—OLRIG GRANGE.

res, y dejó sus huesos en Roma, adonde había ido para predicar el Evangelio.

La carrera de un misionero es la más humilde y más heroica de todas. Lleva su vida en la mano. Desafía el peligro y la muerte. Vive entre los salvajes, algunas veces entre los caníbales. El dinero no podría pagar la abnegación con que sale al encuentro del peligro y de la miseria. Sólo le sostiene la misión de misericordia de que está encargado. Los que se denominan «pensadores avanzados» nada tienen que ofrecernos que se parezca a la tarea voluntariamente impuesta a sí mismos por los misioneros en nuestro país y en el extranjero. La simple negación nada demuestra. Puede echar abajo; pero no puede construir. Puede conmover los pilares de nuestra fe y no dejar cosa alguna a que acogernos, nada para santificar, para elevar o para fortalecer nuestras naturalezas.

Mas la naturaleza humana salvaje es «perversa». «¿Cómo pueden ser perversos para con nosotros—dijo el obispo Selwyn—, aquellos que han sido enseñados por Dios a no llamar vulgar o desaseado a ningún hombre? Yo no me río con las frases corrientes «pobres paganos» e «infelices salvajes». Mucho más infelices y mucho más dispuestos a perecer pueden ser aquellos hombres de países cristianos que han recibido tanto y pueden dar cuenta de tan poco. Los más pobres de todos podemos ser nosotros mismos, que, como administradores y ministros de un Dios de bondad, tan poca fidelidad observamos en nuestra administración. Ir entre los paganos como igual y hermano es mucho más provechoso que exponer esa manera artificiosa de rectitud propia, que se entra arrastrando en la tarea misionera, emparentada con el agradecimiento a Dios, porque no somos como otros hombres.»

¡Cuánto no debemos a San Agustín, el primer misionero en Inglaterra, por nuestra libertad, nuestra integridad, nuestro saber y hasta por nuestras empresas misioneras! En las postrimerías del siglo vi, Agustín o *Austin*, fué consagrado por el Papa Gregorio y titulado de antemano obispo de Inglaterra. Empezó su misión, y luego de haber pasado por Francia, desembarcó en Thanet, acompañado de cierto número de monjes. Fué recibido por Etelberto, rey de Kent, en Canterbury. El rey se había casado con una mujer cristiana, y, debido en parte a su influencia, se hizo bautizar, siendo admitido más tarde en la Iglesia. Los trabajos misioneros de Agustín se extendieron por todo el país, hasta que a su muerte, ocurrida en 505, reconoció la mayor parte de Inglaterra a la sede de Roma.

Mas el Norte de Inglaterra continuó siendo pagano. Edwin, jefe del país situado al Norte de Humbert, contrajo esponsales



con una princesa cristiana, la hermana de Ebdal, rey de Kent. La novia se encaminó al Norte, acompañada por un sacerdote de origen romano, llamado Paulino. Después de algunos años se hizo Edwin cristiano, aunque los Ancianos y los Barones siguieron siendo paganos. Encargóse de estudiar las nuevas doctrinas una asamblea de los Wittenagemotes. Edwin expuso ante la asamblea las razones que había tenido para cambiar de creencias, y dirigiéndose a cada uno sucesivamente, les preguntó qué era lo que pensaban acerca de ese punto. El hecho es referido por Bede en su *Historia*, y es sumamente conmovedor.

El primero que respondió fué el jefe de los sacerdotes. Declaró que los antiguos dioses Thor, Odín y Freia (1) no tenían poder y no quería seguir adorándolos. El jefe de los guerreros se levantó entonces y habló en los términos que siguen :

«Recordaréis ; oh rey ! una cosa que suele suceder en los días de invierno, cuando os encontráis sentado a la mesa con vuestros Ancianos y Barones, cuando arde un buen fuego, cuando está abrigada vuestra sala pero afuera llueve, cae nieve y hay tormenta. Llega entonces un pajarillo y vuela como una flecha a través de la sala, entrando por una puerta y saliendo por otra. El breve momento de esa entrada y salida le es grato, porque entonces no siente ni la lluvia ni el huracán. Pero ese instante es corto ; la avecilla ha cruzado la sala en un abrir y cerrar de ojos, y del invierno pasa otra vez al invierno. Tal me parece la vida del hombre en esta tierra ; tal su momentánea carrera comparada con el largo tiempo que la precede y la sigue después. Esa eternidad es sombría y sin consuelo para nosotros, atormentándonos con la imposibilidad de comprenderla. Así, pues, si esta nueva doctrina nos puede enseñar algo cierto, conviene que la adoptemos.»

El discurso del anciano guerrero resolvió la cuestión. Fué puesta a votación, y la asamblea renunció solemnemente a la adoración de sus antiguos dioses. Mas cuando propuso Paulino, el misionero, que destruyesen las imágenes de sus dioses, no hubo entre ellos uno solo que se sintiese bastante firme en sus convicciones para acometer los peligros de una profanación semejante. Pero el sacerdote mayor montó a caballo y, ceñido con una espada y agitando una lanza, galopó hacia el templo, y a la vista de todo el pueblo golpeó las paredes y las imágenes con su lanza y, finalmente, las destruyó. Erigióse luego un edificio de madera, en el cual fueron bautizados Edwin y gran parte de su comitiva. Paulino viajó en seguida por los países de Deiria y Bernicia, bautizando en las aguas del Swala y del Ure a to-

(1) De aquí el origen de *Thursday*, *Wednesday* y *Friday* (martes, miércoles y viernes).

dos aquellos que se hallaban prontos a obedecer el decreto de la Asamblea de los Ancianos.

En el siglo séptimo fué difundida la luz del cristianismo por las descarriadas regiones de Europa con la ayuda de los misioneros Andomar, Amand y Columba, en la Galia ; Paulin, Wilfredo y Guthberto en Inglaterra, y Kilcan, Rudperto y más tarde Bonifacio, en Alemania. Cuando desembarcó Bonifacio en Bretaña, iba con el Evangelio en una mano y la regla de carpintero en la otra. Poseía el verdadero espíritu del trabajo. Cuando fué después a Alemania, llevó consigo el arte de edificar.

En 826 fué Anschar con un compañero a los límites del reino de Dinamarca, donde, inspirado por su éxito, fundó seminarios para futuros misioneros. Varios evangelizadores fueron a Hungría y a Polonia en el siglo décimo, donde se establecieron en la diócesis de Cracovia. Luchaban contra las mayores dificultades, no obstante ser grandes los obstáculos que estaban obligados a vencer. Sin tener temor alguno a la muerte se consagraron al socorro de aquellos que habían sido atacados por la peste. Además de cristianizar, pedían y juntaban dinero para rescatar cautivos del imperio otomano. ¿Quién podría resistir a semejante empresa misionera llena de amor?

En los siglos décimo y undécimo había misioneros de obreros y arquitectos, todos unidos a la Iglesia. Estos fueron los que hicieron construir las magníficas catedrales de éste y otros países. Pusieron el alma en el trabajo que hacían ; pusieron religión en su obra. Su arquitectura tenía vida, verdad, amor y alegría en sí. Era armonía esculpida. ¡ Cuán distinta del trabajo de obras de hoy en día, en que los edificios modernos se desmoronan en cascajo, mientras que las antiguas catedrales se hallan en toda su magnificencia, siendo una delicia para todos los que las contemplan !

Dícese que China tuvo misioneros nestorianos ya por el séptimo siglo y misioneros franceses allá por el siglo duodécimo. Recientemente, en 1807, fueron enviados allá misioneros protestantes. Asia y Africa están casi guarnecidas por una línea de paquetes de misioneros. Principia a alborear en Africa la época heroica de las misiones. ¡ Pero cuánto país queda aún por conquistar !

San Francisco Javier, el apóstol de las Indias, constituye por sí solo una lección para todos. Fué en 1542 a Goa en un buque portugués, para predicar el Evangelio a los que estaban extraviados. Era hombre de noble alcurnia, y pudo haber vivido una existencia de placeres y de lujo, como tantos otros. Pero abandonó todo y prefirió vivir una existencia de sacrificio, de abnegación y de beneficencia. Haciendo sonar su campanilla en



Goa pedía al pueblo que le enviase sus niños para instruirlos. De allí se fué a Cabo Comorín, a Travancore, a Malaca, al Japón. Trató de penetrar en China, mas no pudo conseguirlo, y al fin murió de la fiebre en la Isla Sanchean, donde recibió su corona de martirio.

Tampoco debemos olvidar a Las Casas, quien, de igual modo, fué el apóstol de las Indias Occidentales. «En una época—dice sir Arturo Helps—, en que para todo se recurría universalmente a la fuerza bruta, pero especialmente para lo que pertenecía a la religión, sostuvo ante las Juntas y los Consejos Reales que las empresas misioneras debían ser independientes de todo apoyo militar; que un misionero debía ir con la vida en la mano, confiando solamente en la protección que Dios quisiese acordarle, y no dependiendo ni de la ayuda civil, como tampoco de la militar. Verdaderamente, hasta hoy en día podrían servir sus obras, como el mejor y más notable manual para los misioneros.»

Las Casas acompañó a su padre en una expedición a las Indias Occidentales, a las órdenes de Colón, en 1498. Entonces viajó por primera vez a América. Volvió a España, e hizo un segundo viaje a la Española. Allí fué ordenado como sacerdote. En el cumplimiento de su ministerio se le vió elocuente, ingenioso, varaz, valiente, desinteresado y piadoso. Iba de un punto a otro con los españoles, y se esforzaba en captarse la confianza de los indios. Evitó muchos desórdenes y mucha crueldad; porque los españoles eran mucho más salvajes que los indios (1). Después de ser testigo de varias matanzas, decidió Las Casas regresar a España e interceder por esos infelices. Obtuvo una entrevista con el rey Fernando y le contó los agravios y los sufrimientos de los indios y cómo morían sin conocer la religión. Pero Fernando era por esta época un hombre anciano y se hallaba enfermo, su muerte estaba próxima y nada resultó de su representación.

Poco después murió Fernando, y entonces procuró Las Casas interesar al cardenal Jiménez, el regente, en los sufrimientos y miserias de los indios. Prometió el cardenal que los males serían extirpados. Eligió a tres padres jerónimos para acompañar a Las Casas a las Indias Occidentales.

A su llegada a Santo Domingo adoptaron los padres el partido del gobernador y de los jueces, por lo cual regresó Las Casas de nuevo a España para apelar contra ellos; pero cuando llegó se encontró con que el cardenal se estaba muriendo. El rey (Carlos V) tenía diez y seis años tan sólo, y los asuntos de España eran dirigidos por su canciller. Cuando Las Casas había

(1) Como se ve, el señor Smiles, a pesar de su talento, demuestra en este y otros pasajes del libro que la prudencia que aconseja no hablar sino de lo que se sabe, no es una fuerza. Por otra parte, ¿cómo llamará Smiles a las brutalidades llevadas a cabo por los compatriotas en la India?—(N. del T.)

conseguido atraerse al canciller, así como el cardenal, falleció aquél, y así es que parecía que la muerte se interponía siempre entre el misionero y sus propósitos. El obispo de Burgos volvió a ganar su ascendiente, y Las Casas «fué a dar a los abismos», según sus mismas palabras. No obstante, fueron llamados los padres jerónimos. Pero el misionero ya no pudo conseguir ninguna ayuda, y se volvió a las Indias como anteriormente. Trató de fundar una colonia en Cumaná, donde se atrajo la amistad de los indios, y se esforzó en salvarlos de la crueldad de los españoles. Pero siempre le ponían obstáculos, y tuvo que suspenderse su propósito de colonización. No tenía una sola persona que le ayudara, y la obra que se proponía realizar no podía llevarse a cabo por uno solo.

Entonces abrazó Las Casas la vida monástica. Estuvo durante ocho años en el convento de padres dominicos en la Española, en cuyo tiempo hizo una vida de completa reclusión. Luego se consagró a la tarea de misionero. Fué en misión al Perú, acompañado por dos de sus hermanos. Regresaron a Méjico e instruyeron a los indios en la fe cristiana. Mientras se hallaba Las Casas en Nicaragua, organizó una formidable oposición al gobernador, a quien impidió emprender una de esas expediciones al interior, que siempre eran tan perjudiciales a los indígenas. Realizábanse en esas ocasiones las mayores y más desenfrenadas atrocidades. Se ha sabido que una vez en que 4.000 indios acompañaban a una expedición para llevar cargas, solamente seis de ellos regresaron vivos. El mismo Las Casas describe el método empleado para separar de la cadena un indio cuando éste estaba enfermo de cansancio y de hambre, e imposibilitado para continuar, lo cual se hacía cortándole la cabeza, y de esa manera se le segregaba de la cuadrilla en que viajaba. «Imaginaos—añade—lo que han debido sentir los demás.»

Por ese tiempo resolvieron Las Casas y sus asociados marchar a Tuzulután con el propósito de cristianizar a los indígenas. Ese distrito era un terror para los españoles. Llamábanlo el País de la Guerra. Allí habían sido rechazados tres veces por los habitantes. Pero los misioneros estaban inspirados con el valor de la fe, y decidieron invadir al país, con peligro de sus vidas. La primera cosa que hicieron fué traducir en lengua *quiché* y en verso, las grandes doctrinas de la Iglesia. Su segundo pensamiento fué cómo harían conocer su poema a los indios. Llamaron en su auxilio a cuatro negociantes indios que tenían la costumbre de ir a vender mercaderías varias veces al año a ese distrito. Esos cuatro hombres fueron enseñados a repetir correctamente los versos. Estos fueron asimismo puestos en música, que podía ser acompañada por instrumentos de los indios. Tam-



bién proveyó Las Casas a los negociantes de pequeñas mercaderías para agradar a los indígenas, tales como tijeras, navajas, espejos y campanillas.

Los negociantes fueron bien recibidos por el cacique. Por la noche, cuando los jefes estuvieron reunidos, pidieron los negociantes un instrumento de música, y empezaron a recitar los versos con acompañamiento. El efecto que se produjo fué grande. Durante varios días seguidos fueron repetidos los sermones en verso. Preguntó el cacique de dónde procedían esos versos y quiso saber cuál era el origen y el significado de esas cosas. Los negociantes dijeron que procedían de los *Padres*. «Y, ¿quiénes son los *Padres*? Entonces se explicaron los negociantes, y el cacique hizo invitar a estos hombres extraordinarios para que fueran a su territorio. Ésta fué la manera como Las Casas y sus compañeros obtuvieron acceso en el *País de la Guerra*.

No hace falta proseguir sobre este asunto. El cacique abrazó la religión cristiana. Echó abajo y quemó sus ídolos. Predicó a sus súbditos, quienes siguieron su ejemplo. Las Casas y Pedro de Angulo edificaron una iglesia en Rabinal. Allí predicaban e instruían al pueblo, enseñando no solamente cosas espirituales sino también artes manuales, e instruyendo a sus hordas en los procedimientos elementales de lavarse y vestirse. El ejemplo se extendió a Cobán, territorio vecino; y de este modo todo éxito ganado por estos monjes valerosos, era un paso hacia continuados esfuerzos.

Las Casas volvió otra vez a España en 1539. Allí fué detenido a causa de sus conocimientos de los asuntos de Indias. Empezó entonces a escribir su obra, titulada: «La destrucción de las Indias», que ha sido muy leída. Le fué ofrecido el obispado del Cuzco (en Nueva Toledo), pero lo rehusó. Se le ofreció nuevamente el obispado de Chiapa (en Nueva Méjico), y sus superiores se lo impusieron como caso de conciencia. Por fin se sometió a la voluntad de sus superiores. Hízose nuevamente a la vela para el Nuevo Mundo, y se instaló en Ciudad-Real, capital de la provincia. La dignidad episcopal no produjo cambio alguno en su modo de ser. Su traje era el de un monje, a veces roto y remendado. En su casa todo era de lo más sencillo. Negaba la absolución a aquellos que compraban y tenían esclavos, contra lo que prescribían las nuevas leyes. Tropezó con grandísimas dificultades en sus esfuerzos para acabar con la esclavitud. Se atentó contra su vida. Era llamado el *obispo demonio*; el *obispo anticristo*. No prestaba atención a ello, sino que seguía la senda que se había trazado, alegrándose cuando había logrado destruir un mal. Finalmente regresó a España en 1547, renunciando su obispado.

Era Las Casas un hombre de indomable valor. Cruzó el Océa-

no entre Europa y América doce veces. Fué a Alemania cuatro veces para ver al emperador. Llevó una vida llena de energía; y debió tener una vigorosa constitución, pues no murió hasta después de haber cumplido noventa y dos años. Falleció en Madrid, tras de una corta enfermedad, en julio de 1566.

Lo que Las Casas lamentó hace tres siglos, tenemos que lamentar nosotros ahora; que los misioneros sean precedidos o seguidos por caballería, infantería y artillería, y que los paganos sean muertos antes de ser convertidos. En el fondo de este mal está el amor por la conquista. Desde 1800 hasta 1850 han sido asignadas por el pueblo británico en favor de las misiones cristianas más de 14.500.000 libras esterlinas, lo que es ciertamente un noble monumento de la fe, la energía y la consagración de las iglesias británicas. Mas durante el mismo tiempo hemos gastado en guerras y material de guerra más de 1.200.000.000 de libras esterlinas. Este es un monumento más grande todavía de nuestra creencia en la guerra y en los materiales bélicos.

Los misioneros penetraron por el Sud de Africa y avanzaron hacia el Norte en medio de innumerables dificultades. Vivieron entre los indígenas y les sacrificaron sus inteligencias, sus corazonas y sus almas, esforzándose en imbuirles la creencia en las amantes doctrinas del cristianismo. Hombres de educación, acostumbrados a las comodidades y al bienestar de la vida civilizada, soportaron las mayores privaciones, que eran tanto más duras cuanto que caían sobre sus mujeres e hijos. En una posición semejante no les podía inducir motivo alguno de lucro. Cuando el doctor Muffat pasó el río Orange, en 1820, como misionero para las tribus bechuanas, tenía el sueldo de diez y ocho libras y siete chelines para sí, y cinco libras y cinco chelines para su esposa y familia.

Cuando Muffat marchó para quedarse entre aquellas tribus, no conocía su idioma y no tenía persona alguna que se lo enseñase. Sin hacer caso de sus abominaciones, y sin temor a su ferocidad, vivió íntimamente con los indígenas. Paseaba, dormía, peregrinaba, cazaba, descansaba, comía y bebía con ellos, hasta que hubo estudiado completamente su idioma, y entonces empezó a predicar el Evangelio. Trabajó en medio de dificultades y aflicciones de todo género, siendo algunas veces amenazado de muerte y sin tener ninguna prueba manifiesta de éxito. Al fin creyeron en él y en las palabras de consuelo que enseñaba. Los salvajes, que habían sido desaseados y andaban desnudos, se volvieron limpios y se vistieron. La laboriosidad ocupó el lugar de la holgazanería. Construyeron casas y cultivaron sus huertas. Las provisiones para el alimento del espíritu adelantaban al igual que las del cuerpo; edificaron escuelas para los niños e



iglesias para los mayores. Así avanzó rápidamente la tarea de educación y de religión.

Muffat fué seguido por Livingstone, su yerno, quien consagró su vida a la misma tarea. Livingstone abrió el corazón de Africa y recorrió los países de tribus salvajes donde nunca había puesto su planta ningún hombre blanco. Recorrió miles de millas entre los animales salvajes y entre hombres más salvajes aún, y a veces era salvado de un peligro que tenía casi *junto a sus dientes*; mas no dudó nunca del éxito del Evangelio, aun entre los más abyectos. No vivió para ver el estallido de la guerra en el Sud de Africa y oír de los millares de hombres que perecieron por resistirse a la empresa de anexionar su país.

Los hombres y hasta los mismos salvajes, se juzgan mutuamente por sus hechos, no por sus palabras. Algunos que profesan el cristianismo, a semejanza de los expendedores de moneda falsa, hacen que a menudo se desconfíe de la verdadera religión. «En la verdadera bondad del corazón—dice el doctor Guthrie—la dulzura de la índole, la franca generosidad, las caridades comunes de la vida, nada pierden muchos simples hombres de mundo, al ser comparados con semejantes profesores; y ¿cómo podréis evitar que el mundo diga: ¡ Ah! vuestro hombre religioso no es mejor que los otros; y hasta suele ser peor que los demás? » ¡ Con cuán terrible evidencia sobresale esto en la contestación que nunca debiera ser olvidada, dada por un jefe indio al misionero que insistía en que se hiciese cristiano! El salvaje pintarrajeado y adornado de plumas se irguió en la conciencia de su rectitud superior, y temblando en sus labios la indignación y chispeando su mirada, respondió: « ¡ El cristiano miente! ¡ el cristiano engaña! ¡ el cristiano roba, bebe, asesina! ¡ los cristianos se han apoderado de mis tierras y muerto a mi tribu! Agrediendo al volverse con altivez: « ¡ El demonio, cristiano! ¡ No quiero ser cristiano! » Muchas reflexiones semejantes nos enseñan a ser cuidadosos en el modo de hacer una profesión de religión. Y habiendo hecho la profesión de la doctrina, cueste lo que costase, con la ayuda de Dios, vivamos conforme a ella, y llevémosla a cabo.

Dirijamos la vista a otra parte del globo, las islas de la Polinesia, donde muchos misioneros han hecho su heroico trabajo. Tomad, por ejemplo, el caso de Juan Williams, conocido por *el mártir de Erromanga*. Su vida es una novela. No le ocurrió nada de notable en su mocedad. Fué colocado de aprendiz con un quincallero, y del mostrador pasó al taller. Poseía el instinto mecánico y ejecutaba trabajos que requerían una delicadeza y una destreza especiales. En su juventud estuvo relacionado con compañeros irreligiosos, quienes amenazaban ejercer una in-

fluencia fatal sobre su carácter. Eran incrédulos declarados y partidarios de Tomás Payne. Pero dominaron las influencias mejores y al fin ingresó Williams en la Sociedad de Mutuo Mejoramiento, y en seguida se hizo activo maestro de las escuelas dominicales.

Por aquel tiempo excitaban mucho interés los trabajos de los misioneros en los pueblos paganos, y después de madura reflexión ofreció sus servicios a la Sociedad Misionera de Londres. Fueron aceptados, y en 1810 abandonó a su patrón antes de haber terminado su aprendizaje. No tenía más que veinte años de edad. Durante los cortos períodos que podía disponer para sus estudios literarios y teológicos, se procuró tiempo para visitar las manufacturas y talleres, para adelantar en sus conocimientos de la mecánica, y de ese modo introducir las artes de la paz, así como la instrucción religiosa, en los pueblos en que tenía que ir a trabajar.

El capitán Cook descubrió un gran número de islas en el Océano Pacífico, habitadas por salvajes, varios de los cuales eran relativamente inocentes, y otros horriblemente crueles; pero todos idólatras. Fueron elegidas estas islas por la Sociedad Misionera de Londres, a solicitud del doctor Haweis, el padre de los misioneros del Mar del Sud, como teatro de sus primeros trabajos. Durante muchos años trabajaron los piadosos exploradores con muy poco éxito; pero con el transcurso del tiempo abrazaron gradualmente el cristianismo los indígenas, y en algunas islas fueron abandonados por completo los ritos de la idolatría.

Los misioneros pedían incesantemente que se les enviaran algunos auxiliares más. Reconociendo esta necesidad, la Sociedad Misionera de Londres mandó a Juan Williams, a pesar de sus estudios preliminares relativamente escasos. Mas era joven, ardiente y formal. Antes de emprender el viaje se casó Williams con la señorita María Chauner, quien demostró serle un inapreciable colaborador en sus trabajos ulteriores. A los seis meses de haber dejado su aprendizaje se embarcó para Sidney con otros jóvenes misioneros. De allí continuaron para Eimeo, una de las islas de la Sociedad. El señor Williams, además de ayudar a los misioneros, se dedicó a perfeccionarse en el idioma de Tahití. Durante este tiempo llevóse a cabo la obra de hierro para un buquecillo que los misioneros construían para Pomaré, rey de Tahití.

Poco después fué trasladado Mr. Williams a Huahine, y luego a Raiatea. Esta última es la isla más grande y más central del grupo de la Sociedad. Aquí obtuvieron grandísimo éxito sus trabajos. Sin descuidar los propósitos primordiales de su misión, esforzóse en mejorar la condición moral y física del pueblo. Los



indígenas eran degradadísimos e inveteradamente ociosos. La promiscuidad en el trato de los sexos era corriente entre ellos. Cuando Williams consiguió alguna influencia sobre ellos, los indujo a adoptar el matrimonio legal.

Después les hizo comprender la necesidad de que construyesen viviendas. El mismo se puso a edificar una casa cómoda de estilo inglés, como un modelo que debieran adoptar los indígenas. Fué dividida en varias piezas, con pisos de tabla y paredes de armazón. También les enseñó la construcción de botes; y, teniendo en cuenta el futuro comercio de la isla, los indujo a plantar tabaco y caña de azúcar, y a preparar ambos artículos para el mercado. Los rodillos que hacían falta para la máquina azucarera, fueron torneados en un torno que hizo Williams con sus propias manos.

Habiendo logrado así que los indígenas emprendieran trabajos industriales, quiso en seguida hallar mercado para sus productos. Quería extender su pacífica conquista por todas las demás islas del grupo. Opinaba que nada podía mejorar probablemente más la condición civil y religiosa de los isleños, que el establecer relaciones comerciales entre ellos. Para este objeto hacía falta un buque, pues los botes pequeños no podían responder a este fin.

Preocupado con esa idea, y ansioso de llevarla a cabo, fué a Sidney, en 1822, y compró una goleta de ocho toneladas, denominada *El Empeño*. Sir Tomás Bisbane, gobernador de la Nueva Gales del Sud, le regaló varias vacas, terneras y ovejas, para su propagación en las islas. Al llevar a cabo esta empresa, tomó Williams toda la responsabilidad sobre sí mismo. Se entendía que su asunto era predicar y no negociar; pero creía que cuando fuese tomada en consideración la importancia de la empresa, seguiría dándole su apoyo la Sociedad en Londres.

Regresó bien a Raiatea, y en 1823 se hizo a la vela para las islas de Harvey con el propósito de descubrir la isla Raratonga. Esta magnífica isla escapó a las infatigables investigaciones del capitán Kook. Conocía Williams su existencia tan sólo por las tradiciones y cuentos legendarios de los isleños. Luego de buscar por largo tiempo la extraviada isla, regresó Williams a Raiatea. Al fin, después de un espacio de tiempo, volvió a salir, y navegó muchos días, azotado por vientos contrarios, y cuando casi se habían agotado sus provisiones, acercósele el capitán, y le dijo: «Tenemos que abandonar la empresa, señor, o pereceremos de hambre.» Fué mandado otra vez un indígena al tope del mástil para que inspeccionase hacia su frente. Era la quinta vez que había subido; Dió la voz de que Raratonga se hallaba a la vista. «Cuando tal vez al cabo de media hora íbamos a abandonar

el objeto de nuestro viaje—dice Willams—, y habiendo sido disipadas por el calor del ascendente sol las nubes que envolvían sus doradas alturas, nos libró él de nuestra ansiedad gritándonos: «Aquí, aquí está la tierra que buscamos!» La transición de sentimientos fué tan instantánea y tan grande, que a pesar de haber pasado bastantes años no he olvidado las sensaciones que produjo ese anuncio. Las radiantes fisonomías, las expresiones alegres y las vívidas congratulaciones de todos a bordo, ponían de manifiesto que participaban de las mismas emociones: ni tampoco dejamos de elevar nuestras voces en fervorosa gratitud a Aquel que bondadosamente nos conducía por un buen sendero» (1).

El misionero y sus compañeros (indígenas de las islas inmediatas) fueron bien recibidos al desembarcar. Los maestros expusieron inmediatamente el objeto de su misión, que era instruirlos en el conocimiento del Dios verdadero. El rey estaba dispuesto a ser instruído, y su pueblo con él. Luego de haber permanecido por algún tiempo en la isla, dejó allí a uno de los maestros indígenas, y *El Empeño* volvió a Raiatea. El estaba pronto para someter bajo su dirección a todas las islas de los Navegantes y otras más. Se hallaba listo para salir con otra expedición, cuando le llegaron noticias de Londres en que se le daba conocimiento de que la Sociedad Misionera desaprobaba sus procedimientos, temerosa de que algo de carácter mundano se mezclase con su misión. Al mismo tiempo habían alcanzado los comerciantes de la Nueva Gales del Sud un mandato sobre disposiciones fiscales del gobernador, que daban por resultado impedir en gran parte el desarrollo del comercio de las islas del Mar del Sud. Así fué que Williams se vió obligado a deshacerse de *El Empeño*. Cargó el buque con los productos de más fácil venta que pudo reunir y lo envió a Sidney, con órdenes para su venta y la del cargamento.

Williams siguió de estación en Raiatea; pero visitó de cuando en cuando a Raratonga. En 1827 acompañó al señor Pitman y a su esposa, quienes se iban a establecer allí como misioneros. Hallaron que la mayor parte de los antiguos ídolos habían sido destruídos, y que el sentido moral y religioso del pueblo había mejorado notablemente. Impúsose entonces William la obligación de traducir pasajes de la Biblia en el dialecto popular, pues los libros conocidos hasta entonces por los misioneros estaban en el idioma tahitiano. Con este objeto redujo el dialecto de Raratonga a una forma escrita y un sistema gramatical. A petición suya fué también construída una iglesia. El diseño y el arreglo fueron según sus planos, y los jefes y los indígenas le auxiliaron

(1) Narración de una empresa misionera en las Islas del Mar del Sud. Por el reverendo JUAN WILLIAMS, 1841.



tan alegremente y con tanta disposición, que el edificio estuvo terminado en dos meses. Fué construído sin un solo clavo, ni siquiera un pedazo de hierro. La capilla tenía capacidad para unas tres mil personas.

Sucedió un hecho curioso durante la ejecución de la obra. Un día llegó el señor Williams sin su escuadra. Cogió un pedazo de madera y con un carbón escribió un mensaje para su mujer, pidiéndole que le enviase la escuadra con el portador. Llamó a uno de los jefes, y le rogó que le llevase ese pedazo de madera a la señora de Williams. Lo tomó y preguntó: «¿Qué debo decirle?» «No tenéis que decirle nada, la tablita le dirá todo lo que deseo.» El jefe se marchó, profundamente admirado. Al dársela a la señora de Williams, la leyó ésta y la arrojó; trajo en seguida la escuadra y se la dió al jefe. Este se apoderó de la tablita, y salió corriendo, al mismo tiempo que gritaba: «¡Ved la sabiduría de estos ingleses! ¡pueden hacer hablar a las tablitas!» La ató a un cordón y se la colgó al cuello. Durante algunos días se le vió rodeado por grupos de personas, que oían con vivo interés lo que se refería sobre las maravillas que había hecho la tablita.

No apareciendo ningún buque por la isla, con el cual pudiera volver a su estación de Raiatea, el señor Williams se puso a aprovechar el tiempo lo mejor posible. Fundó escuelas, en las que enseñaba a leer al pueblo. No obstante, eran muy torpes como estudiantes, comparados con sus despiertos hermanos de las Islas de la Sociedad. El idioma en que se enseñó primeramente era el tahitiano, mas para ellos era como un idioma extranjero. Sólo después que hubo traducido el evangelio de San Juan y la epístola de los Gálatas al dialecto de Raratonga fué cuando empezó la gente a aprender bien; y después hicieron rápidos progresos.

Formóse una conspiración por algunos jóvenes turbulentos y disolutos para asesinar a Williams y a su colega, y arrojar sus cadáveres al mar, mientras pasasen de Raratonga a la isla vecina de Tahaa. Por fortuna fué descubierta la conspiración. Tuvieron una conferencia los jefes, y resolvieron matar a los cuatro cabezas. Intercedió Williams, y rogó a los jefes para que no les quitasen la vida. Durante la conversación preguntaron los jefes qué harían los ingleses en iguales circunstancias. Díjoseles que en Inglaterra había leyes y jueces, por quienes eran juzgados y castigados todos los delincuentes. «¿Por qué no podemos nosotros tener lo mismo?» preguntó el jefe.

A consecuencia de esto se convino en establecer un código de leyes, como base de la justicia pública. Los señores Williams y Threlkeld lo prepararon en lenguaje sencillo y claro. Al mismo

tiempo establecieron la mayor barrera contra la opresión: el juicio por jurados. En el ínterin había sido nombrado un juez, *pro tempore*, que juzgó a los criminales. Fueron desterrados por cuatro años a una isla desierta.

Luego de aguardar muchos meses en Raratonga, y no apareciendo buque alguno que pasase al alcance de la vista, se resolvió Williams a adoptar la resolución más extraordinaria, y ésta era la de construir un buque con sus propias manos. Carecía en gran modo de herramientas, y no tenía ni una de las que se usan para la construcción de buques. Su primer paso fué hacer un par de fuelles de herrero. En la isla había cuatro cabras, una de las cuales daba leche; las otras tres fueron sacrificadas, y con sus pieles logró hacer, después de tres o cuatro días de trabajo, un par de fuelles de fragua. Pero en vez de soplar el fuego, lo aspiraban. En breve ocurrió con los fuelles una desgracia. Por la noche, las ratas se comieron hasta el último pedacito de los cueros de las cabras, de modo que a la mañana siguiente no se encontraron sino las tablas peladas. Decidido a llevar a cabo su propósito, se le ocurrió a Williams que, si una bomba sacaba agua, tenía que arrojar necesariamente el aire si era hecha con los mismos principios. Al cabo de muchas dificultades, construyó al fin una máquina que llenaba el objeto.

Con esta *bomba de viento* hizo todo lo que era de hierro, empleando una piedra perforada, como el caño que se usa, en su extremo, una piedra grande como yunque y unas tenazuelas de carpintero como tenazas. Usó carbón vegetal en vez de carbón de piedra hecho de cocos y otros árboles. Como no tenía serrucho, rasgaba con cuñas los árboles, y en seguida los alisaban las indígenas con pequeñas hachas de piedra. Cuando le hacía falta un tablón torcido, doblaba un pedazo de bambú en la forma requerida, o mandaba a los bosques a que trajesen un árbol torcido, y partiéndolo, obtenía dos tablas tales como las necesitaba. Haciendo muy poco hierro, taladró grandes agujeros en las maderas y a través de los tablones interior y exterior del buque, introduciendo a golpes de martillo unos pernos de madera, con los cuales quedaba perfectamente asegurada toda la fábrica.

Usó la cáscara del coco como estopa. La corteza del hibisco utilizó para cuerdas y cabos, a cuyo efecto se construyó una máquina de hacer cuerda. Las esteras en que dormían los indígenas fueron empleadas como velas, y fueron acolchadas para que resistiesen a los vientos. Se construyó un palo lata, y el *aito* o palo de hierro se utilizó para las roldanas de los motones. El buque era de madera, y también empleóse un barril lleno de pieles. El buque era de setenta a ochenta toneladas de carga. Después de unas quince semanas de trabajo, fué botado al agua el



*Mensajero de la Paz.* En seguida se le puso el timón. Para realizar esta importante obra hubo que vencer muchas dificultades. No teniendo hierros lo bastante largos para machos de timón, fueron hechos éstos de un pico de azada, una azuela de tonelero, y un gran azadón. Con esta mezcla de piezas de hierro, aseguróse el timón, y estuvo pronto para darse a la vela este buque maravilloso.

Creyendo que sería peligroso dirigirse a Raiatea en las islas de Tahití, que distaba de allí más de ochocientas millas, se resolvió ir primeramente a Aitutake, que sólo estaba a unas ciento sesenta millas de distancia. Make, rey de Raratonga, acompañó la expedición. Vióse que el buque era bueno para la mar. El viaje a Aitutake se llevó a cabo sin más accidente serio que la rotura del palo del trinquete, debido a la inexperiencia de la tripulación indígena; y no obstante, había luchado el buque contra un fuerte viento y un mar muy agitado. Por fortuna tenía Williams un compás y un cuadrante, y esto contribuyó a que pudiera hacerse el viaje sin mucha dificultad. Nada le sorprendía tanto al rey como el hecho de decirle previamente en qué dirección se vería primero la tierra. Preguntaba continuamente cómo era posible que pudiéramos decir con toda precisión lo referente a aquello que no podíamos ver. Una de sus expresiones fué: «Já más volveré a llamar guerreros a los hombres que se batían en tierra; sólo merecen ese nombre los ingleses que combaten contra los vientos de las olas del Océano.»

El *Mensajero de la Paz* permaneció en Aitutake unos ocho o diez días, y embarcó un cargamento de retorno. Consistía especialmente en ¡cerdos, cocos y gatos! Los cerdos de Raratonga eran pequeñísimos y muy difíciles de criar; y por esto fueron importados setenta de una raza superior. Es fácil de explicar la razón de formar parte del cargamento los gatos. Las ratas abundan en Raratonga. Constituían como una de las siete plagas de Egipto. Andaban sobre las mesas, entre los alimentos. Se apoderaban de trozos de carne y de pan. Subíanse y se acostaban sobre las sillas. Dormían en las camas. «Mientras nos hallábamos arrodillados haciendo nuestras oraciones en familia—dice el señor Williams—, corrían entre nosotros y hubieran trepado por nuestras piernas si se lo hubiésemos permitido.»

Great rats, small rats, lean rats, brawny rats,  
Brown rats, black rats, gray rats, tawny rats,  
Grave old plodders, gay young friskers,  
Fathers, mothers, uncles, cousins,  
Eeking tails and pricking whiskers,  
Families by tens and dozens,  
Brothers, sisters, husbands, wives (1).

(1) Ratas grandes, ratas chicas, ratas flacas, ratas gordas, ratas castañas, ratas grises, ratas pardas, viejas de aspecto grave, jóvenes alegres y retozadoras.

Realmente, la mitad de los alimentos se la comían las ratas en Raratonga. Se comieron los fuelles del señor Williams. Se comieron los botines de la señora Pitman. Y cuando carecían de alimento, se convertían en caníbales, y se comían a sus propias carnes. Los gatos eran, pues, un aumento bien venido para la población de Raratonga. En breve hicieron una barrida de ratas, ayudados por los cerdos recién importados, que se hicieron voracísimos, y ayudaron a limpiar la isla de esa intolerable molestia.

No se contentó Mr. Williams con permanecer quieto en su misión de Raiatea. Todo iba bien allí. Pero había otras islas que conquistar, y decidió conquistarlas. Se sentía lleno de vida, de vigor, de valor. Hacia el Oeste había varios grupos de islas, que nunca habían sido visitadas por los misioneros—los grupos Haapai, y Samoa. Hizo su excursión entre ellos en el *Mensajero de la Paz*, y puso en práctica los mismos fines que había llevado a cabo en otras partes. Destruyó la idolatría, y fundó el culto del Dios verdadero.

«El cristianismo triunfó—decía el señor Williams—, no por la actividad humana, sino por su propio poder moral; por la luz que esparció y por el espíritu de benevolencia que ha difundido, porque la bondad es la llave que abre el corazón humano, ya pertenezca éste a un salvaje o a un hombre civilizado. Cuando eran tratados con bondad abrazaba inmediatamente la muchedumbre la verdad; porque atribuían naturalmente esta transformación poderosa en sus jefes, antes tan feroces, a la benigna influencia del Evangelio sobre sus espíritus.» «Hay dos palabras en nuestro idioma que siempre he admirado: *prueba y confía*. No sabréis lo que podéis o no podéis realizar, hasta que hayáis probado; y si hacéis vuestros ensayos practicando la *confianza* en Dios, se disiparán montañas de imaginarias dificultades al aproximaros a ellas, y se os presentarán facilidades que jamás habríais podido creer.»

Al cabo de algún tiempo resolvió el señor Williams hacer una visita a Inglaterra. Habiendo enviado al *Mensajero de la Paz* a Tahití para ser vendido, tomó pasaje en un buque ballenero que se dirigía a Londres, donde desembarcó en junio de 1834. Presentó su manuscrito del Nuevo Testamento en dialecto raratongo a la Sociedad Bíblica Inglesa y Extranjera. Se ordenó su impresión. Escribió asimismo una relación de las circunstancias más importantes de su extraordinaria carrera de misionero (1). La aparición de este escrito despertó el más profun-

do interés. Padres, madres, tíos, primos, colas enhiestas, y bigotes tiesos, familias por docenas, hermanas, esposos y esposas.

(1) Narración de empresas misioneras en las Islas del Mar del Sud; con observaciones acerca de la historia natural de las islas, origen, idioma, tradiciones y costumbres de los habitantes, por el reverendo Juan Williams, de la Sociedad de Londres.



do interés. Habló en numerosos *meetings* en toda Inglaterra. Contrajo amistad con muchos de los dignatarios de la Iglesia establecida, con hombres eminentes por su ilustración en las ciencias, y con muchos individuos de la nobleza. Se le hicieron donaciones para auxiliarle en el objeto general de su misión. La municipalidad de Londres votó por unanimidad una suma de quinientas libras esterlinas para su sostén. Con todo, llegó a reunirse cuatro mil libras esterlinas. Con éstas se compró el buque misionero *Campden*; y el 11 de abril de 1838, se hizo a la vela desde Gravesend con el señor y la señora Williams a bordo, y otros diez y seis misioneros, destinados a quedarse en sus respectivas estaciones.

Llegó salvo el *Campden* a las islas del Mar del Sud. Luego de haber hecho el señor Williams una excursión por las islas de la Sociedad y en las que ya se habían establecido misioneros, procedió a visitar las islas que se hallaban más hacia el Oeste, en las cuales aún nada se había hecho para instruir a los salvajes. La expedición marchaba satisfactoriamente, cuando por último llegó el *Campden* a Erromanga, en el grupo de las Nuevas Hébridas. Una partida de buques desembarcó en la bahía de Dillon. Parece que los indígenas habían sido exacerbados por el bárbaro trato que habían recibido de la tripulación de un buque que había visitado anteriormente la isla. En represalia atacaron a los misioneros que acababan de desembarcar. El señor Williams y su amigo el señor Harris fueron muertos y devorados.

Así pereció a los cuarenta y cuatro años de edad uno de los hombres más nobles y desinteresados. Para él consistía el deber en hacer el bien. Difundió abundantemente las semillas del cristianismo y de la civilización. Fué un hombre de inquebrantable perseverancia. Nada lo contenía en su tarea de hacer obras de misericordia; y no obstante, podía esperar con paciencia. Sabía que tendría que llegar el tiempo en que habían de florecer y dar fruto las semillas que sembraba. Sus obras han sobrevivido. Hasta los caníbales de Erromanga abandonaron al fin la idolatría, y recibieron con placer las verdades del cristianismo.

Otros nobles obreros siguieron el ejemplo de Williams. El reverendo Jorge A. Selwyn fué consagrado obispo de Nueva Zelandia en 1841. Inmediatamente se dedicó a llenar los deberes de su misión (1).

(1) En una de sus cartas dijo Sidney Smith en su estilo jocosos: «El consejo que envié al obispo de Nueva Zelandia, cuando se preparaba a recibir allí a los jefes caníbales, fué que les dijera: «Siento profundamente, señores, no tener en mi mesa cosa alguna del gusto de ustedes, pero hallarán bastante cura frío y sacerdote asado en la alacena, y si a pesar de esta prudente provisión concluyeran sus visitas comiéndose también a ellos.» En este último sentimiento debe haber convenido cordialmente conmigo; y, en general, debe haberlo juzgado como una útil indicación, y lo habrá aceptado con gratitud.»—A *Memoir of the rev. SIDNEY SMITH*, I, 386.

Después de siete años de incesante trabajo en la tierra firme de su diócesis, creyó el obispo que, en cumplimiento de la misión que le había sido confiada por el primado inglés, había llegado la época de intentar llevar a cabo la evangelización de los cinco grupos de islas, entre la Nueva Zelandia y el Ecuador, a las que se ha dado el nombre de Melanesia; y durante los doce años siguientes le ocupó mucho de su tiempo esta labor misionera. Al principio estaban divididas las opiniones respecto de la prudencia y oportunidad de la empresa, y eran disculpables las personas moderadas, que la juzgaban demasiado romántica para ser realizable.

A las representaciones de sus amigos sobre el peligro personal que llevaba consigo, respondió con el axioma: «Que donde un negociante quiere ir para traficar, allí debe ir el misionero para el tráfico de las almas»; y escribió a su padre: «Es deber del misionero llevar su arrojo hasta el extremo, hasta exponerse a un peligro cierto y conocido. En esas islas ha de arriesgarse algo, si se quiere hacer alguna cosa.»

El peligro era en realidad grande, particularmente cuando él no permitía nunca arma alguna a bordo de su buquecito; y en una ocasión en Malicolo, en las Nuevas Hébridas, donde parece que solamente «su perfecta serenidad y porte digno (usando las propias palabras del capitán Erskine) le salvaron a él y a sus compañeros, del fin que poco antes había tenido Williams en Erromanga y que algunos años más tarde acaeció a Patteson en Nukapu».

A una objeción de otra índole, de que tendría que descuidar su propia diócesis, y que sería tener muchos hierros en el fuego, opuso su convicción de que podría emprender la inspección personal y la superintendencia de toda la Melanesia, no tan sólo sin perjuicio, sino con el mayor beneficio posible para su propia obra en Nueva Zelandia. Su corazón estaba en esas lejanas islas, afligido por sus humildes habitantes con un amor fraternal; y sentía como si Dios, al conducirlo en su providencia a ser un marino completo, le hubiera trazado su senda sobre la elevada ola, su hogar sobre el abismo.

El reverendo Juan Coleridge Patteson fué a ayudar al obispo Selwyn. Era éste otro hombre noble y lleno de abnegación. Pudo haber alcanzado ascenso honorable en Inglaterra, pero prefirió entregarse completamente a la causa de las misiones. Se fué a Nueva Zelandia en 1855. Fué designado para convertir a los indígenas de un grupo de islas que rara vez habían sido visitadas desde su descubrimiento por el capitán Cook. Tenían fama de caníbales. Constituían un tercer grupo alrededor de la curva nordeste de Australia, y componíase de las Nuevas Hébridas,